

che acoge en solemne recepción; yo, como cubano, debía, además, dar tributo afectuoso al hombre que desde antiguo, desde que comenzaba á florecer su ya gloriosa existencia, fué, bajo el régimen colonial, amigo y defensor de las libertades cubanas. Hace bien Cuba en rivalizar y hasta en exceder á los demás pueblos de América, cuando os brinda lauros y arroja flores en vuestro camino.

Pronto volveréis al seno de la madre patria; habréis pasado por nuestra tierra como por el cielo un arco-iris, signo de bonanza después de la tempestad; luminoso y brillante, ¡pero fugaz! Así los vaivenes de la vida van sucesivamente confortando y desgarrando los corazones: hoy, apretaros en nuestros brazos; hoy, estrecharos á nuestros pechos; daros nuestro calor y sentir el vuestro... ¡mañana, veros partir!

Como Júpiter fecundó á Leda, bajo las alas de un cisne, vino un día sobre América el espíritu español, envuelto en las blancas velas de las navicillas castellanas, que fueron los primeros cisnes que bogaron por nuestros mares. De aquel advenimiento nacieron estos pueblos que estáis recorriendo en triunfo. Cuando volváis á España, querido maestro, á la par que los mensajes de añoranza que para ella os recomienden sus hijos, llevadle también el mensaje de nuestra América; decidle que no ha olvidado, decidle que no olvidará jamás las carabelas de Colón.

V

Cuba y el intercambio intelectual.

DISCURSO DEL PROFESOR DEL INSTITUTO DE SEGUNDA ENSEÑANZA DE LA HABANA, DR. RODOLFO RODRÍGUEZ DE ARMAS (1)

Ninguna nación de América estaba mejor preparada que la nuestra para recibir con entusiasmo al Doctor Rafael Altamira y para asociarse á su levantada empresa de intercambio científico; porque después que se rompieron los lazos de dominación política entre España y Cuba, habiendo dejado de pertenecer la bellísima isla del mar Caribe á su antigua metrópoli europea, cuando muchos pensaban que se distanciarían completamente ambos países, han continuado siendo estrechas y cordiales las relaciones entre ellos; porque terminaron pronto los odios y rencores pasados, y lejos de desaparecer el afecto entre

(1) Véase el Informe más arriba, pág. 408.

Cuba y España, me atrevo á afirmar que hoy es mayor que antes. Ya no existen los antagonismos ni luchas de otros tiempos entre los dos pueblos, y el afecto sólo es impulsado por los vínculos poderosísimos de la raza, el idioma, las creencias y los sentimientos, que son mil veces más enérgicos, que constituyen los eslabones de una cadena más sólida y duradera que todos los elementos de dominación material: cañones, bayonetas, fusiles, ejércitos numerosos, que nada valen ni nada significan para mantener los símbolos de soberanía en un territorio que no los quiere aceptar; pero, en cambio, la comunidad de sangre, la solidaridad de espíritu, la afinidad de cultura, la semejanza de temperamento y de sensibilidad orgánica, que forman la base esencial de los caracteres de las nacionalidades, crean unos lazos tan íntimos, tan apretados, tan eternos, una trabazón tan perfecta entre los hombres de idéntico origen y desarrollo, que subsisten en la perennidad de la vida, indisolubles, indestructibles, aun cuando los acontecimientos rompan en mil pedazos y reduzcan á jirones la unión política formada en los siglos de compenetración y convivencia.

A mediados del pasado siglo, el principio de las nacionalidades fué defendido con energía en los libros y en la prensa; sosteníase que los pueblos identificados por la sangre, el idioma y los sentimientos comunes, tenían derecho á unirse formando un solo Estado político. Al calor de ese

principio vivificador, tomó cuerpo nuevo y nueva vida la idea de la unidad alemana y de la unidad italiana. La población de la generosa, de la grande y artística Italia, dividida, diseminada, sometida en parte al dominio extranjero, podía confiar en que su unidad se realizaría porque todos sus hijos hablaban el mismo idioma, el idioma de Dante, de Petrarca, Leopardi, Fóscolo y Manzoni.

En nuestros días, en que el engranaje y el ligamiento de la actual civilización tiende á unir cada vez con más fuerza á todos los pueblos de la tierra, es natural que se estrechen los lazos entre los países de un mismo origen y de una misma lengua, no ya para sumarse en una sola entidad nacional, lo cual es imposible, sino para acometer unidos empresas que tiendan á aumentar la cultura de todos ellos. Con mucha facilidad se entienden entre sí los hombres que hablan idéntico lenguaje. En la antigüedad los griegos llenaron de ciudades todas las orillas del Mediterráneo, que eran otros tantos Estados independientes que no estaban ligados por ningún elemento de dominación material, pero que vivieron hermanados por el idioma y por la sangre; y estuvieron identificados durante siglos todos los griegos, el de Smirna, Focia y Mileto, en el Asia Menor; el de Samos, Rodas y Lesbos, en las Islas; el de Atenas, Esparta, Tebas y Corinto, en la antigua Hélade; el de Crotona y Sibaris, en Italia; el de Siracusa y Agrigento, en Sicilia; el

de Marsella, en Francia; el de Sagunto y Ampurias, en España; el de Cyrene y Naucratis, en Africa. Todos los griegos comprendían por igual las obras de Homero, de Sófocles, Siquilo y Eurípides, y estaban animados por el mismo espíritu.

El episodio de la familia Bránquidas, cuando Alejandro Magno penetró en la Bactriana, demuestra cuán grande es la fuerza atractiva de la sangre. Aquella familia, que llevaba siglo y medio viviendo en las llanuras centrales de Asia, después que sus progenitores habían entregado el tesoro de Apolo á los persas, al recibir la noticia de la llegada á su territorio de un ejército griego, corrió presuroso á saludarlo, costándole la vida esta generosa acción, porque el cruel conquistador mandó inmolarla, en castigo del crimen cometido por sus ascendientes.

Cuando los soldados atenienses de Nicias y de Demóstenes fueron vencidos y hechos prisioneros por los siracusanos, rompieron sus cadenas los versos de Eurípides, que ablandaron los duros corazones de sus vencedores. Este efecto prodigioso lo produjo el idioma; porque si los siracusanos no hubieran comprendido el griego, de nada habría servido la magnífica poesía de Eurípides á los desdichados prisioneros atenienses.

Los eslavos se estrechan las manos en el oriente de Europa, á través de los montes y los ríos que los separan, á través de las fronteras de las distintas naciones de que forman parte. El eslavismo se fortalece y acrecienta, uniendo á los es-

lavos de Rusia, de Austria, de Turquía y de Servia, en una aspiración general de cultura propia, con sus caracteres especiales. ¿Por qué razón no habría de compenetrarse la cultura de todos los países hispano-americanos en una aspiración de superior mejoramiento, cuando sus raíces nacieron juntas y se desarrollaron armónicamente, sin intenciones políticas de ninguna clase y sin perjuicio de recoger todo lo bueno que ofrezcan otras razas en su progresivo desenvolvimiento?

Hace un centenar de años formaban parte de la nación española inmensos territorios de ambos hemisferios, que se extendían desde los Pirineos al Guadiana y desde la meseta de Anáhuac hasta el estrecho de Magallanes; hoy todas las fértiles comarcas de América se han separado del viejo tronco hispano, constituyendo Estados nuevos independientes, como era natural que sucediese, porque los hijos llegados á la mayor edad se emancipan siempre buscando expansión y florecimiento para la vida propia. Pero si ya la nación española no domina territorio alguno en el mundo de Colón, en cambio los rasgos típicos de nacionalidad, el idioma, la raza y las creencias, todo cuanto constituye las bases fundamentales de una mentalidad, son semejantes en todos los países en que se habla la lengua castellana; puede decirse que á ellos los anima el mismo espíritu, en el cual se suman y compenetran las particulares diferencias, y presentan hoy al universo asombrado el espectáculo, realmente maravillo-

so, de diez y ocho Repúblicas progresivas, cultas, prósperas, amantes y celosas de su independencia, que desean conservar á todo trance nuevos y vigorosos retoños del frondoso árbol español: Repúblicas nacidas al conjuro de la energía, la perseverancia y la inteligencia, para patentizar en la eternidad de la Historia la grandeza y el valer de la raza que tributa veneración al excelso mártir del Gólgota, que expresa sus ideas en el sublime idioma de Cervantes, que enriquecieron Heredia, la Avellaneda, Olmedo y Andrés Bello con sus obras inmortales.

El hombre actual de la América latina que recrea su espíritu con la espléndida prosa de Cervantes y Quevedo, de Valera y de Galdós, ó con los versos de Quintana y Espronceda, de Núñez de Arce y Campoamor, se siente identificado mentalmente con el de la Península Ibérica, que puede á su vez deleitarse con las poesías de Acuña y de Silva, de Tejera y Díaz Mirón, ó con la prosa de Juan Montalvo y de Rufino Cuervo. ¿Puede haber en el mundo una fuerza de atracción más poderosa, un hilo de Ariadna más resistente, que la corriente espiritual que establece esta comunidad de idioma, más potente que todas las corrientes eléctricas que se desarrollan en la Naturaleza y en los talleres y laboratorios?

Hay que levantar los corazones y confiar en el porvenir de nuestra raza, al contemplar los esfuerzos que se hacen hoy, con igual energía, lo mismo en el viejo solar ibero que en las ricas y

hermosas regiones americanas, por enaltecer la cultura, por elevar el nivel intelectual y moral de las masas sociales, para que nuestros pueblos estén á la misma altura que los Estados Unidos, Inglaterra, Alemania, Francia é Italia. En los países de nuestro origen se lucha hoy denodadamente para no quedar rezagados en el camino que sigue la civilización contemporánea. Una manifestación cumplidísima de esa actividad de nuestra raza, de esa lucha por el mejoramiento dignificador, es la iniciativa, con razón bastante celebrada, de la notable Universidad de Oviedo, mandando á uno de sus más ilustres profesores, al eminente doctor Rafael Altamira, aquí presente y en cuyo honor nos congregamos, á iniciar un fructífero intercambio científico entre las naciones de un mismo origen—que separan las inmensas olas del Atlántico, las gigantescas crestas de los Andes y ríos caudalososísimos, pero que están unidas indisolublemente por la misteriosa atracción de la sangre y las ideas,—para que mutuamente se enseñen sus progresos, se fortalezcan unas á otras con el trato de sus hombres de ciencia, y se consolide entre ellas la perdurable amistad y el bendito amor que deben reinar siempre entre todos los vástagos nacidos de un mismo tronco y alimentados por la misma savia en varios siglos de comunión espiritual.

La Universidad de Oviedo lanzó en España la idea venturosa, ya puesta antes en práctica en otros países, de sostener un intercambio de pro-

fesores con las principales naciones del mundo y que empezase, como era natural, con los Estados de América que antes fueron preciosas joyas de la corona de Castilla, y que cada uno de ellos representa hoy una fuerza nacional propia; y para realizar esa misión altruísta, tuvo el acierto de elegir al profesor Altamira, confiando en las altas dotes que reúne, en su gran talento, vastísima cultura, carácter sociable y espíritu abierto. Ninguno podía reunir, en verdad, mejores condiciones que el elegido, para captarse las simpatías de las naciones hermanas; y por eso en todos los países en donde ha estado el señor Altamira, todas las manos se han movido para aplaudirle, todos los corazones han sabido estimarle, y una atmósfera de simpatía ha rodeado al insigne representante de la intensa cultura hispana, que viene á traer una expresión de afecto á los representantes de la nueva cultura, surgida con no menos vigor en el hemisferio occidental.

El Sr. Altamira es un insigne publicista que ha escrito obras notables, como la *Enseñanza de la historia*, defendiendo nuevos métodos científicos; *Cuestiones modernas de historia*, en la que estudia los problemas del genio y de la colectividad, el materialismo histórico y la importancia de los congresos internacionales; *Historia de España y España en América*, en la que manifiesta el Sr. Altamira un espíritu generoso y defiende un levantado ideal; ha representado á su patria

con brillantez en varios congresos internacionales; se ha consagrado durante largos años á la enseñanza, siendo para él su profesión un sacerdocio, casi un apostolado. Bien digno es el Sr. Altamira de desempeñar la altísima misión que se le ha confiado, y bien merece también los agasajos que se le hacen y las fiestas que se le dedican en los países americanos que visita, sumándose á esas manifestaciones el pueblo cubano todo, que se identifica en este caso con el profesorado de nuestra tierra, con el mayor agrado y espontaneidad.

Cuba está hoy perfectamente preparada para esta obra benéfica que ahora se inicia. En ella las galas de la naturaleza más pródiga, se ostentan en todo su esplendor. En ella, como dijo el primer poeta de América, «las palmas deliciosas nacen del sol á la sonrisa y crecen, y al soplo de las brisas del Océano, bajo un cielo purísimo se mecen». En ella hoy se estrechan y se unen, respirando su tibio y amoroso ambiente, entregados al trabajo redentor, protegidos por la generosa bandera de la estrella solitaria y por las instituciones democráticas, todos los elementos que componen su población: los ciudadanos de la República, igualados justamente, sin distingos de clase ni color; los españoles y norteamericanos, laborando, al igual que los nativos, por fomentar la pública riqueza y contribuir al progreso general del país. La armonía más grande identifica ahora á todos los hombres que viven en Cuba,

sin fijarse en su progenie. En esta situación, estamos en condiciones de coadyuvar al intercambio científico que inaugura el Sr. Altamira, aportando al mismo nuestro modesto contingente, llevando á él algo del espíritu cubano, algo de nuestros propios sentimientos y de nuestra propia mentalidad, que no es despreciable, puesto que se cimenta en los versos inspirados de Heredia, Luaces, la Avellaneda, Milanés, Zenea y Plácido, en los métodos educativos del Padre Varela y de José de la Luz Caballero, y en los pensamientos de Saco y del Monte.

Bienvenido sea á Cuba el Sr. Altamira. Recibid con mis palabras, Sr. Altamira, la salutación más entusiasta y afectuosa que os dirigen el Claustro y los estudiantes del Instituto de la Habana.

VI

Brindis del Dr. Eusebio Hernández en el banquete de la colonia española (1).

El Dr. Eusebio Hernández comienza manifestando que ignoraba se le hubiese reservado un turno para hablar en nombre de los cubanos, pero que su amigo el Sr. Dihigo, en aquellos momentos se lo había hecho saber; que asuntos profesionales le distrajeran, y ni aun por la Prensa conocía la misión á él encomendada, porque hacía treinta y seis horas no dormía, y, por tanto, tampoco dispuso de tiempo para enterarse del cometido que había de llenar.

Sin preparación ninguna—añade,—creo que ha de serme fácil la tarea en esta reunión, porque al hablar en nombre de los cubanos he de atenerme á los actos de simpatía que ellos han

(1) No hemos podido procurarnos más que este imperfecto extracto del importante discurso del Dr. Hernández, cuyo sentido no siempre está, en las siguientes líneas, expresado con la claridad y exactitud que hubiéramos deseado para estas páginas.

demostrado á la idea que predica el Dr. Altamira, y á la adhesión franca y sincera de mi humilde personalidad.

Y no es—dice—que ahora piense así; separatista de toda mi vida, luché por la emancipación con el fin de lograr una patria propia. Un periódico norteamericano, *The Sun*, puso en boca mía frases ofensivas para los españoles en época de la encarnizada lucha, y yo me apresuré á desmentirlas, porque jamás el cubano guardó odios ni rencores para los españoles.

El general Antonio Maceo, cuando se trataba de la ayuda de los americanos en la conquista de nuestra independencia—prosigue,—se oponía tenazmente, aduciendo que era una deuda que contraíamos tan pesada, tan difícil de saldar, que prefería nos dejasen solos, á sabiendas de que perecerían generaciones de cubanos; pero á salvo de mayores males, que parecía prever con su claro talento.

Terminó la contienda; ya el temor de nuestra incapacidad para gobernarnos no atemoriza á los que así lo creyeran; con nosotros los cubanos comparten los españoles, confraternizan honradamente y cooperan con entusiasmo al desarrollo y bienestar del país. En este mismo lugar se ha visto. El presidente de la colonia española ofrece, como testimonio de afecto, una pucha de flores á la distinguida esposa de mi amigo el señor Presidente de la República.

Hasta ahora—continúa,—los Estados Unidos

han dado un gran ejemplo á la Historia, conservando nuestra independencia; y ese agradecimiento tendremos eternamente que reconocerlo: una nación poderosa, prestando amparo á un pueblo pequeño; y hasta ese mismo apéndice que aparece en nuestra Constitución, es garantía para la patria cubana.

Nada hace creer que la actitud noble y desinteresada del pueblo y Gobierno americano se empañe con desmanes sobre nuestro territorio, y, por tanto, los comentarios á esos hechos serían fuera de lugar.

Y en párrafo brillante, con naturalidad sin límites y elocuencia suprema, el Dr. Hernández señala que, mientras más haga Cuba por afianzar su independencia y por cimentar su libertad, más digna y más grande ha de aparecer ante los ojos de los Estados Unidos, y más respetable por su decoro y dignidad ante las demás naciones.

Termina el Dr. Hernández brindando por el Dr. Altamira, representante de la Universidad ovetense, por la España moderna que evoca el catedrático español, y por la unión de españoles y cubanos.

VII

Lo conseguido en América y lo que deben hacer los españoles (1).

BRINDIS DEL DOCTOR ALTAMIRA EN EL BANQUETE DE LA COLONIA ESPAÑOLA (12 MARZO DE 1910)

Comienza diciendo el Sr. Altamira que su brindis no puede ser corto; tiene que ser más bien un discurso, porque debe aprovechar esta única ocasión para decir algo que interesa á los españoles. Pero antes de ello tiene que contestar al Dr. Hernández; sin ello, no podría pasar adelante, y no para rechazar ó discutir aquellos elogios que la bondad del orador ha puesto en su brindis, sino para manifestarle que no le extrañan las declaraciones que en nombre de sus compañeros los separatistas ha hecho. Era natural que así fuese; sólo los que como ellos han luchado exponiendo su vida frente á frente en el campo de batalla, pue-

(1) Del presente discurso no posee el autor notas taquigráficas. Ha tenido, pues, que recurrir al extracto, aunque incompleto, que publicó un diario de la Habana.

den comprender y apreciar la grandeza del contrario, porque sus sacrificios y sus entusiasmos les dan la medida de los que experimentan sus enemigos; sólo ellos pueden comprender la nobleza del que con ellos luchó.

Quiere también expresar á los españoles de Cuba su reconocimiento por el apoyo que en ellos ha encontrado, avivador de sus energías. Ellos, dice, han hecho que al llegar ya cansado por una labor de diez meses, al fin de la jornada, se haya aumentado, se haya afirmado su fe en una obra que al emprenderla aparecía preñada de dudas, de incógnitas, de interrogantes.

Hechas estas manifestaciones, dice que no será obstáculo para las declaraciones que ha de hacer, la presencia de los cubanos; las charlas de familia pueden éstos oirlas.

Como se dirige á hombres prácticos, de los que rechazan las cosas ideales cuando no encarnan en la realidad, quiere demostrarles que la obra de la Universidad de Oviedo no es una empresa de soñadores é idealistas, inútil y baldía, sino que apenas comenzada ha producido frutos de vida, dando resultados muy superiores á los que el más optimista hubiera podido soñar. Para convencernos nos dirá los que se han logrado en los distintos países visitados, excluyendo á Cuba, porque lo que aquí pasa, mejor lo sabéis vosotros que yo, porque yo, que estoy en el escenario, no puedo ver la repercusión que mi labor tiene en los pasillos, en donde vosotros estáis.

(Sigue una exposición de los resultados obtenidos en los diferentes países hispano americanos; exposición que suprimimos, para no repetir cosas ya dichas en otras partes de este libro.)

Tal es, dice, lo que de la breve estancia en aquellos países se ha logrado; ya veis cómo estaba en lo cierto al decir que superaba la realidad al sueño más optimista. Y es que, cuando se trabaja con fe en una obra santa, se obtiene siempre pronto resultado.

Y ahora va á hablar á los españoles de lo que deben hacer para continuar la labor emprendida, porque ellos son los que principalmente han de proseguirla.

Agradece al Casino Español, centro y lazo de unión de las sociedades españolas, y á los Centros regionales, todo cuanto en su obsequio y en pro de la obra han hecho hasta ahora; elogia cuanto merece la meritoria labor que todos ellos hacen, dedicando gran parte de sus recursos á la instrucción, y va á aconsejarles lo que él cree que deben hacer en este particular.

En todos los países que ha recorrido se hace justicia al español, reconociendo sus virtudes de sobriedad, actividad, honradez é inteligencia, pero se duelen de la ignorancia con que llegan al país. Malas deben ser, le decían, las escuelas de España; y él al oírlo se ha sonrojado, porque es de los patriotas que se sonrojan. Se ha sonrojado, pero comprende que no todo el mal está en la escuela, sino en la juventud de los emigrantes que

salen de España antes de haber podido completar su educación. A ambas cosas: á perfeccionar las escuelas allá, y á remediar aquí la falta de preparación del emigrante, deben atender los españoles residentes en América.

Allá están haciendo esfuerzos muy laudables, casi todos obra de americanos, con la creación de escuelas de emigrantes que existen ya en Asturias y Galicia; pero suelen no dar buenos resultados por falta de orientación de sus fundadores. Con muy buena intención, se limitan las más de las veces á entregar su dinero, porque creen que con elevar un gran edificio y buscar uno que dicen que es maestro, está todo hecho, y el resultado es que no se hace nada. Lo de menos es el edificio, lo esencial es el maestro, y eso es lo que ante todo hay que buscar, y emplear en él la mayor parte de los recursos; y si algo se quiere reservar para la vanidad personal, con una lápida que diga que aquello es obra de don Fulano, queda éste satisfecho; pero seguramente no durará tanto la piedra como el agradecimiento que en el país brotará para el fundador de una institución que eduque á sus hijos. Para la creación de escuelas, para la busca del hombre que ha de dirigirla, la Universidad de Oviedo ofrece su concurso desinteresado; y puede estar seguro, el que á ella se confie, que como no tenga el hombre necesario lo dirá noblemente, y no entregará la escuela á nadie que no sea digno de dirigirla.

Esas escuelas de emigrantes cumplirán la mi-

sión de preparar gentes útiles para el país en que vengan á trabajar, y por patriotismo debemos apoyarlas; que no se diga que España envía gentes ineptas que, más que un elemento de vida, son una carga para el lugar adonde lleguen. Con ellas se logrará también que el número de los elegidos se acrezca y aumente. Al hablar de América, miramos sólo á los que han vencido, á los que han triunfado; no vemos á los quedaron en el camino, á los que cayeron en la lucha, que son los más, atropellados y caídos por falta de cultura, de preparación para la vida. Porque en la guerra económica, como en toda guerra, el triunfo es de los mejor preparados, y hoy no son ya suficientes las cualidades personales, el tacto y la habilidad intuitivos y la mano izquierda, si ello no está avallorado y acendrado por una perfecta educación.

Pero la preparación en la Península no es suficiente; aun siendo completa, le faltaría siempre algo que sólo en los respectivos países en que se va á vivir puede adquirirse. Los hábitos mercantiles, las costumbres sociales, las necesidades de sus habitantes, el modo de tratarlos, sólo con la práctica cabe aprenderse: se impone, pues, el completar aquí la educación allí recibida, y á la vez, atender al que llegue sin ella.

Sabe el bien cuántos esfuerzos hacen las sociedades y centros regionales por la instrucción, los grandes gastos que para difundirla se imponen, y se pregunta si, unidos todos esos esfuerzos, aunados todos, no sería el resultado mucho mayor.

Propone á los españoles la cuestión, seguro de que, como hombres prácticos, sabrán resolverla.

Creo que un gran Colegio Español en la Habana, en que los emigrantes pudiesen adquirir ó completar su educación, sería de resultados innegables. Un colegio fundado y sostenido por todos los centros; cuyos maestros, en parte, podían ser los mismos residentes aquí, porque nadie como ellos conoce todos los recursos y resortes que hay que tocar para vencer en la lucha aquí entablada; nadie mejor que ellos sabrá preparar, v. gr., al viajante de comercio para esa labor de habilidad, de conocimiento de las gentes, de acto de aprovechar el momento oportuno que el oficio requiere.

En el colegio deberían prepararse, no sólo para el comercio (que ha sido hasta ahora nuestra exclusiva tendencia), sino para todos los órdenes de la vida: agricultores, capataces, jefes de equipo y taller, montadores, etc., sin descuidar, junto á su instrucción técnica, su cultura general. Nos habla, para apoyar esta tesis, de lo que se hace en Alemania, en cuyas Universidades comerciales é industriales se enseña con gran amplitud, con todo esmero, Historia, Literatura y todas esas disciplinas que elevan el espíritu y lo afinan y fortifican, dando así al hombre mayor aptitud para las luchas modernas en que el que más sabe triunfa siempre.

El, que no ha de ser ni profesor ni director de ese colegio, y por eso puede hablar así, se ofrece